

## LOS VIAJEROS EUROPEOS POR ESPAÑA, PERIODISTAS TAURINOS

por  
MANUEL BERNAL RODRÍGUEZ

En el prólogo “del autor al lector” de la *Tauromaquia* de Pepe Hillo se explicitan las razones que han motivado la redacción de esta obra: La afición a los toros es general y nace con el hombre, particularmente en España; el toreo se ejercita desde que hay toros y hoy está adelantado hasta su término posible; y en fin, porque en un siglo en que se dedican estudios a todo, se echaba en falta una obra «que patentizara el fuerte y el débil de un arte tan brillante que no sólo arrastra tras sí el afecto español sino el de todos los extranjeros que ven y observan las lidias».

Creo que estas palabras sobre el comportamiento de los extranjeros en los toros contienen una apreciación rigurosamente cierta, que pretendo ilustrar con mi intervención. También debo advertir que, pese a la generalidad del título, voy a referirme principalmente a los escritos de los viajeros europeos que visitaron España entre los siglos XVII y XIX.

La información sobre la corrida, y su valoración, se convierte en un componente fijo de los relatos de los viajeros, lo que explica que este aspecto no haya pasado desapercibido para los estudiosos de estos viajes. Sólo por citar algún ejemplo, podemos recordar los trabajos de J.M. Díez-Borque sobre los viajeros del siglo XVII y de Patricia Shaw Fairman, sobre los del XVIII, así como las obras de Iam Robertson, *Los curiosos impertinentes*, y de J.R. Aymes *L'Espagne romantique*.

*Temoignages de voyageurs françaises.* Valiosas antologías de escritos taurinos, extraídos de los relatos de viajeros extranjeros son las obras de Mariano Tomás, *Los extranjeros en los toros* y la *Antología de textos olvidados y desconocidos* de Auguste Lefront.

Por lo general, el relato sobre la corrida de toros suele ser una crónica que informa y valora. Sin embargo, entre los relatos de viajes más antiguos, es posible encontrar una información desnuda de interpretación. Valga como ejemplo el único contacto que León de Romisthal de Blatna tuvo con una fiesta de toros, en Burgos, en 1466. Ésta es la reseña escueta:

en los días festivos tienen gran recreación con los toros para lo cual cogen dos o tres de una manada y los introducen sigilosamente en la ciudad; los encierran en las plazas, y hombres a caballo los acosan y les clavan agujones para enfurecerlos y obligarlos a arremeter a cualquier objeto; cuando el toro está ya muy fatigado y lleno de saetas, sueltan dos o tres perros, que muerden al toro en las orejas y lo sujetan con gran fuerza; los perros aprietan tan recio que no sueltan el bocado si no les abren la boca con un hierro [...] en esta fiesta murió un caballo, y un hombre, y salieron además dos estropeados.

Pero, como ya he indicado, lo más frecuente es que se enjuicie la fiesta desde una perspectiva extraña a ella. Por lo general, y de forma bastante acrítica, se suele aceptar que esa valoración que hacen los extranjeros es rotundamente negativa y pone todo el énfasis en dos aspectos: la crueldad de la fiesta y los efectos negativos, morales y económicos, que de ella se derivan. Creo que esta simplificación es inaceptable. En primer lugar, hemos de tener en cuenta que los relatos de los viajeros europeos por España no constituyen un *corpus* homogéneo y, por lo que a la fiesta de toros se refiere, hemos de admitir que hablan de una realidad que está experimentando un profundo proceso de transformación: un libro de viajes del siglo XVII y otro del siglo XIX, al tratar de la fiesta de toros no hablan de una misma cosa. Además, en contra de la abusiva generalización denunciada, hay que reconocer que el balance de una lectura atenta de los relatos de los viajeros extranjeros es altamente favorable para la fiesta y sus protagonistas. A demostrarlo voy a dedicar el resto de mi intervención, y como el material analizable es de

dimensiones colosales, para no convertirla en una mera sucesión de nombres, voy a referirme sólo a un limitado repertorio de libros de viajes, muy representativos porque crearon escuela y tuvieron muchos seguidores e imitadores.

En los relatos de viajes del siglo XVII se aprecian básicamente dos tendencias, a la hora de enjuiciar la fiesta de toros:

Algunos viajeros consideran la fiesta de toros como una prolongación de las prácticas caballerescas y de los torneos medievales y, en consecuencia, sus escritos van a ser tributarios del ideal literario del "amor cortés" y de la tradición poética provenzal. Así sucede, por ejemplo, en lo que James Salgado denomina una imparcial y breve descripción de una corrida de toros, que, en 1638, escribe que lo que mueve a los toreros a exponerse es su afán por conseguir honor; y cuenta la historia de Margarita que concederá su mano a aquel de sus tres pretendientes, Ludovico, Carlos y Marco Antonio, que triunfe enfrentándose con un toro. Otros autores también relacionan el arrojo de los toreros con la admiración de las damas, como sucede en el relato de Robert Bargrave, de 1654. Por su parte, la Condesa de Aulnoy considera que el amor es ordinariamente el principal motivo que lleva al hombre a exponer su vida contra un toro furioso e ilustra su teoría con ejemplos novelescos, tales como el de Koenigsmarck, que, pese a estar herido, no cesa hasta matar al toro y saludar con una mirada a la señora por quien combatía. O bien, la truculenta historia del noble caballero y la hija del joyero rico, enamorados, que resultan mortalmente heridos ante el toro, aunque todavía tuvieron tiempo de casarse antes de morir.

Otros viajeros de este mismo siglo dan otra visión de la fiesta mucho más pegada al terreno. Todavía no existe la corrida como espectáculo autónomo y reglamentado, ni el toreo profesional; los nobles corren el toro y su muerte suele quedar encomendada a los peones, fuera de la plaza, o al pueblo, que asaeteaba al animal. No había orden ni reglamento y todo consistía en inventar suertes, por lo común muy sanguinarias. Algunos ejemplos de las extravagantes anécdotas que podían ocurrir podemos encontrar en el detallado relato que hace Brunel de la corrida celebrada el 20 de abril de 1655 en la Plaza Mayor de Madrid:

Entra primero un hombre de Valladolid, montado sobre un toro que había domesticado y acostumbrado a la silla y a la brida. Evolucionó torpemente por la plaza hasta que dejó caer al jinete. Luego que hubo montado de nuevo, el vallisoletano pretendía alancear al toro bravo desde su extravagante montura, como si fuera un caballo, pero cuando el toro veía venir hacia él al toro bravo, hufa, y fue imposible picarlo. Sólo consiguió ser el hazmerreír de la concurrencia.

El populacho desjarreta y asaetea al toro hasta su muerte. El viajero considera que el espectáculo es bochornoso, dice que se trata de una fiesta sólo para campesinos; uno, que apareció montado sobre un burro, fue derribado por el toro, pero, recobrado el ánimo, dio al toro un gran golpe y lo mató. El viajero informa que la solemnidad de la fiesta comienza por la tarde; por la mañana hay gran confusión y ocurren desgracias.

Una relación semejante podemos encontrar en el viaje de Bertaut. Cuatro caballeros corrieron los toros; después de que éstos hubieran recibido uno o dos dardos de manos de los caballeros, fueron acabados y perseguidos por gran multitud de "toreadores" y de gentes del pueblo. Y precisa: «nuestro mozo de mulas, que mató a uno de una puñalada que le dio, en medio de la cabeza, fue a pedirselo atrevidamente al corregidor, que se lo negó. Se lo dio a uno que aguardó a pie firme estando completamente sano».

A lo largo del XVIII, el toreo experimenta una profunda evolución pues, si nos atenemos a las observaciones de la *Tauromaquia* de Pepe Hillo, a comienzos del siglo el toreo a pie era desconocido y, sin embargo, se considera que en los años finales de la centuria la tauromaquia ha llegado hasta su término posible. Son bien conocidas las circunstancias que sumieron a la fiesta de toros en un estado de decadencia y postración en la primera mitad del siglo XVIII y, por ello, vamos a referirnos sólo a los testimonios de los viajeros europeos de la segunda mitad del siglo. Edward Clark, capellán del embajador inglés que representó a su gobierno en la entrada de Carlos III, nos ha dejado en su viaje una interesante relación de la fiesta de toros; aunque no pretende ser un entendido en tauromaquia, se manifiesta como un auténtico taurófilo que nos habla de dos fiestas de toros bien distintas, la de la Plaza

Mayor y la de la Plaza de Toros, así como de la existencia de dos públicos bien diferenciados. Estima que los toreros, que a su juicio son andaluces en su práctica totalidad, no corren peligro; y se muestra a favor de que las mujeres asistan a la fiesta porque su dimensión estética, atlética y de valor supera, con creces, a su crueldad.

Abiertamente taurófilo se manifiesta Jean François Bourgoing para quien la fiesta de toros es un espectáculo que repugna a la delicadeza de Europa. Rehúye deliberadamente comportarse como un entendido: para él, el paseillo es «una especie de paseo de los atletas» y los picadores son «combatientes a caballo». Intenta demostrar que este espectáculo no ejerce ningún influjo benéfico sobre las gentes, no corrige la debilidad ni altera la dulzura de las costumbres. Describe la lidia completa de un toro y se complace en incorporar datos sobre modalidades degradantes o encarnizadas (lucha de un toro y un oso, toro *embolao*, etc.) y su relato se convierte en un modelo que imitarán muchos seguidores. Sin embargo, la taurofobia de Bourgoing no le impide reconocer algunos hechos ni emitir ciertos juicios equilibrados, en línea con el tono ecuánime que preside toda la relación de su viaje. Y así, por ejemplo, reconoce que los españoles no son peores que los demás europeos y que los extranjeros, que suelen palidecer la primera vez que asisten a una corrida de toros, acaban aficionándose y sienten por ellas una atracción irresistible; percibe una clara distinción entre el comportamiento de los conocedores y el de los no iniciados y se muestra muy sorprendido de que los aficionados estudian la fiesta de toros como si se tratara de un arte. En fin, no deja de tener gracia que nos informe de que, pese a las prohibiciones regias, el príncipe de Asturias, Carlos IV, y la princesa, asistían, de tapadillo, a las novilladas.

Por último, Alejandro Laborde fundamenta su crítica a la fiesta de toros en la discutible, o mejor errónea, estimación de que destruye a los dos animales más útiles para el hombre: el toro y el caballo. Advierte que los toros son, en España, la fiesta nacional y se escandaliza de que los toreros sean más populares e importantes que los generales victoriosos. Se manifiesta como un precursor de R. Ford cuando asegura que el espectáculo divierte al principio, pero no es sólo cruel sino aburrido y, aunque considera repugnantes los detalles de la lidia, se ve obligado a reconocer que el conjunto es soberbio, juicio en el que también se advierte un anticipo de la actitud esquizofrénica que mantendrían muchos extranjeros ante la fiesta.

Al llegar al siglo XIX, puede hablarse ya de periodismo taurino, con toda propiedad, cuando nos referimos a los escritos de toros de los viajeros europeos por España. En toda Europa se consolida un público lector de relatos de viajes de proporciones desconocidas hasta ahora y la industria editorial desarrolla una actividad frenética. Los escritos de los viajeros van apareciendo, publicados por entregas, en periódicos y revistas, simultáneamente al desarrollo del viaje. Y las crónicas de las corridas de toros gozaron de extraordinario favor de ese público. Esto explica que no exista prácticamente un solo relato de viajes francés sobre España, en la época romántica, que no se ocupe de la corrida de toros porque cualquiera que fuera la valoración que se hiciera de este espectáculo (deporte, ceremonia, carnicería...) era siempre considerado como la quintaesencia de lo español y tenía garantizado el éxito porque la demanda del público era extraordinaria. (Gautier se ocupa nada menos que tres veces de las corridas de toros en su libro de viaje por España). En París, gracias a estos escritos, se conocía el nombre de los toreros más famosos que incluso gozaban de una gran popularidad. No puede extrañarnos, por tanto, que Sant Hillaire, al asistir a una corrida, pudiera decir:

Reconocí el bello perfil romano de Montes porque lo había visto litografiado en nuestros bulevares seis meses antes (*Cadix, Revue de Paris*, XLV, 260).

Los escritos taurinos de los viajeros del XIX alcanzan su plenitud en torno a la fecha de la aparición de la *Tauromaquia* de F. Montes Paquiro. Desde 1830 hasta mediados de la década del 40 se publican los escritos sobre toros de Richard Ford, del Barón de Taylor, de Th. Gautier, P. Mérimée, Saint Hillaire, Edgar Quinet, entre otros muchos. Los escritos de estos viajeros van a constituir un verdadero curso de iniciación de sus lectores en la fiesta de toros, en el que ningún aspecto queda relegado al olvido, desde la vida del toro en el campo y el origen del ganado bravo hasta el desarrollo de la lidia. También se fragua un modelo de crónica, adaptado a las peculiaridades de su público, que va a establecer una estructura casi inamovible, que luego será imitada por los viajeros posteriores. La crónica de la corrida consta de una minuciosa descripción de los antecedentes, del escenario (es decir, la plaza de toros) y del ambiente. Después se incluye la lidia completa de un toro, seguida de una



**FANTASÍA SOBRE LAS CORRIDAS ESPAÑOLAS QUE SE CELEBRABAN  
EN LA  
GRAN PLAZA MAYOR DE MADRID (FRAGMENTO)  
GRABADO FRANCÉS DE 1700, DE AUTOR DESCONOCIDO**

valoración global del resto de la corrida. Creo que estos viajeros extranjeros, convertidos en improvisados cronistas taurinos, adoptaron un comportamiento equivalente al que, andando el tiempo, seguiría el cine, cuando construía con imágenes la corrida ideal. En realidad, creo que los viajeros de la primera mitad del XIX no narran con pormenor una corrida concreta, sino que partiendo de la experiencia real de una corrida, construyen la crónica de una corrida arquetípica, que responde a una determinada filosofía de la fiesta.

No puede cabernos duda de que, a medida que los románticos ponían a España de moda, el interés por la corrida no paraba de crecer. Alexis de Velon, "La décima corrida de toros" (*Revue des Deux Mondes*, XIV (1846) 63, dice que, de todas las curiosidades españolas, la corrida de toros es la que parece más atrayente y que a ello han contribuido los relatos de Mérimée y de Gautier.

El éxito de los escritores románticos estaba asegurado cuando hablaban de toros siguiendo el acreditado modelo establecido y, por esta causa, sus relatos se parecen unos a otros como dos gotas de agua. Por lo general adolecen de escasa atención a los aspectos técnicos de la lidia y, por el contrario, se prima la descripción de los aspectos teatrales: paseíllo, trajes, música, alguacil abroncado por la multitud, etc. y, en opinión de Hoffmann, los franceses muestran predilección por lo sanguinario y cruel:

Antes que describir una media verónica bien ejecutada, los franceses insisten en los caballos destripados que patalean sus propias entrañas y sobre los castigos a los que se somete al toro que se niega a combatir.

Pero un rasgo común es admitir que la corrida ha contribuido a formar el carácter español. Sin duda, la opinión más concluyente es la de Edgar Quinet:

Este espectáculo, tan fuertemente enraizado en las costumbres, no es un entretenimiento; es una institución. Tiende al fondo mismo del espíritu de este pueblo. Fortifica, endurece, no corrompe. ¿Quién sabe si las grandes cualidades del pueblo español no han sido entretejidas por la emulación de los toros: la sangre fría, la tenacidad,



el heroísmo, el desprecio a la muerte?

Ni el soplo del Mediodía, ni la galantería de los moros, ni el régimen monacal han podido debilitar a España, desde que recibió la educación del Centauro.

Quinet descubre también, en cierto modo, la dimensión poética y ritual de la fiesta. También Saint Hillaire dice: «Una corrida es poesía manchada de sangre».

Mediado ya el siglo XIX, se produce un importante cambio de orientación: la fiesta de toros es una espléndida realidad plenamente consolidada y los viajeros alardean de saberes tauromáquicos porque, en realidad, muchos de ellos eran verdaderos entendidos. También cambia radicalmente el tono de sus crónicas porque ya no se dirigen a un público para el que una corrida de toros es algo absolutamente extraño; los escritos de sus predecesores habían sido eficaces divulgadores y ahora se habla a un público iniciado, al que no es preciso explicarle todo desde el principio. En esta línea hemos de incluir los escritos sobre toros de Ch. Davillier o la descripción de la corrida debida a la pluma de Edmundo de Amicis. El famoso escritor italiano, no obstante, respeta el modelo estructural establecido en la época precedente y dice:

Yo he hecho nada más que la reseña de un toro; en una corrida entera ocurren mil accidentes.

También incluye una espléndida disertación sobre la figura del torero que pone de manifiesto que había culminado ya el proceso iniciado por los románticos y que, en la autorizada opinión de González Troyano, habría de convertir al torero en un héroe literario.

Para Amicis, los toreros no son unos artistas cualesquiera. El único sentimiento que despiertan es la admiración. Son respetados. Ídolos de la multitud. Describe la indumentaria y costumbres fuera de la plaza y añade:

Su nombre su gesto y su rostro son más conocidos que los del capitán general del ejército o los de los ministros. Toreros en las

comedias, toreros en las canciones, toreros en los cuadros, toreros en las vitrinas de los vendedores de estampas, estatuas que representan toreros, abanicos con retratos de toreros, pañuelos con la efigie de los toreros (“La novia de Reverte tiene un pañuelo...”) se ven, se vuelven a ver y se encuentran por todas partes.

Amicis considera que, en España, es el oficio más honorífico a que puede aspirar un valiente hijo del pueblo. Y él mismo no pudo resistirse al atractivo de este héroe popular y trabajó por conocer al torero de moda. Transcribe la entrevista mantenida con Frascuelo y da una imagen del torero llena de humanidad y realismo.

Hemos de concluir. Como bien se aprecia, los viajeros extranjeros no se limitaron a difundir una imagen sanguinaria y cruel de la fiesta de toros. A menos que hubiéramos de aceptar que estamos ante un fenómeno de masoquismo general, hemos de reconocer que los extranjeros se sintieron atraídos por la fiesta, que presenciaron cuantas corridas pudieron ver, que sus escritos fueron difundidos a través de las publicaciones periódicas con gran éxito de público y convirtieron la corrida de toros en algo familiar entre sus lectores europeos, hasta el punto de que no sería exagerado decir que crearon afición entre ellos. En fin, que el balance de sus escritos sobre la corrida de toros es altamente favorable a la fiesta, pues, aunque no se ocultan los detalles que podían herir la sensibilidad de sus lectores, exaltan la grandiosidad del espectáculo, su dimensión ritual y plástica, y admiran a sus protagonistas.